

y el general Duval con los seis restantes debía recobrar la cesterada paralela á la pared del cementerio, batiendo al enemigo y facilitando á los ingenieros su establecimiento definitivo en aquel punto. En la noche del 23 al 24 los franceses procedieron al asalto con la impetuosidad de costumbre, y aunque fueron recibidos por un vivo fuego de metralla y de fusilería, no les fué difícil arrojar á los dos batallones rusos de Jitomir, quedando por consiguiente dueños del terreno.

Las pérdidas sufridas por una y otra parte en estos dos combates nocturnos fueron bastante considerables, pudiendo calcularse, según los partes oficiales y los datos particulares más fidedignos, en unos tres mil hombres; pero los rusos perdieron muchos oficiales distinguidos, entre ellos el general Adlerberg, el coronel Zatsépine y los mayores Urbanovitch y Veizine, que quedaron muertos en el campo, fuera de los mayores Kolikovsky, Derkatch, Prokoroff, Tsvetkoff, Abaza y Kotliarevsky, y el teniente coronel Krraivsky, que fueron heridos.

Así el general Pélistier como el príncipe Gortschakoff quisieron enaltecer su gloria suponiendo que sus respectivos enemigos eran muy superiores en número, pero lo cierto es que la superioridad estaba de parte de los franceses, según se desprende de los mismos partes oficiales, como que los rusos sostuvieron entrambos combates con el regimiento de cazadores del príncipe de Varsovia, el de Podolia, dos batallones de Jitomir, el regimiento de infantería de Minsk y el de cazadores de Uglitch, al paso que los franceses, según confiesa el mismo Pélistier en la orden general de 28 de mayo, eran la totalidad ó una parte considerable de los regimientos de volteadores de la guardia imperial, los 14.º, 18.º, 28.º, 43.º, 46.º, 79.º, 80.º y 98.º de línea, el 1.º y el 2.º de la legión extranjera, los 6.º, 9.º y 40.º batallones de cazadores de á pié, los ingenieros y la artillería de sitio. Como quiera, no se concibe que los rusos defendieran aquellas obras con tanta poca fuerza y con tanta debilidad, siendo así que en la primera noche las habían sostenido con tanta energía, y que su pérdida proporcionaba á los sitiadores una trinchera de aproche que los acercaba hasta cien metros solamente de la plaza. El general Pélistier comprendió la gran ventaja de la bayoneta, é hizo de ella el fundamento de todos sus planes para arrollar al enemigo y espulsarle de todas sus posiciones sin darle tiempo para reparar sus pérdidas: este es, según arguye la experiencia, el gran secreto de sus operaciones, que por lo demás no han arguido jamás un solo rasgo de consumada pericia, como han dado en decir sus empíricos y entusiastas admiradores.

Mientras los franceses alcanzaban tan importante ventaja en el cementerio de Sebastopol, todas las fuerzas aliadas de las orillas del Tchernaya, que hasta entonces no se habían atrevido á pasar este río, porque creían que los rusos ocupaban las alturas de la orilla derecha con fuerzas imponentes, trataron de hacer un esfuerzo supremo para apoderarse de todo el valle, arrojar al ejército moscovita al interior de las tierras y facilitar la circunvalación de toda la parte meridional de Sebastopol. Esta empresa parecía tan atrevida como la que habían acometido los rusos en 5 de noviembre: el Tchernaya desemboca en la estremidad de la rada, bajo las ruinas de Inkerman, y ceñía el campamento de los aliados reduciéndolos á la estrecha península de Querson; sus orillas son sumamente escarpadas y peñascosas, y las baterías de los rusos, apesar de su mucha distancia, incomodaban bastante á los aliados en su extrema derecha. Ignoraban estos el número de las tropas rusas que guarnecían aquellas alturas, pues únicamente se hallaba á su vista una vanguardia de cuatro batallones establecida en Tchorgun, pero la importancia estratégica de aquellas posiciones les inducía á creer que estaban ocupadas por la mayor parte del ejército de socorro, y en consecuencia determinaron atacarlas, siquiera para reconocerlas. Para realizar esta operación, que algunos consideraban como la única verdaderamente

decisiva, se pusieron en movimiento nada menos que dos divisiones francesas á las órdenes del general Canrobert, la caballería de los generales Morris y d'Allonville, el ejército otomano mandado personalmente por Omer-bajá, las tropas de la marina real inglesa, á las órdenes del general Colin Campbell, y el ejército piomontés, compuesto á la sazón de unos doce mil hombres, dirigido por el general La Mármora y apoyado por el coronel inglés Parbly con el 10.º regimiento de húsares, el 42.º de lanceros y la artillería de á caballo. Al amanecer del 25 todas estas fuerzas se pusieron en marcha, mas aunque no hallaron resistencia en parte alguna, porque la vanguardia de los rusos se retiró inmediatamente, no se atrevieron á internarse mucho por temor de alguna estratagema oculta del enemigo. La izquierda de los franceses se apoyaba en un reducto que dominaba al valle y en frente de las alturas de Inkerman, al paso que su derecha se extendía hasta el otro lado del Traktir: las tropas sardas ocuparon el terreno situado mas á la derecha y á la otra parte de Tchorgun, obligando á las avanzadas rusas á replegarse; Omer-bajá se dirigió á las llanuras inferiores de las eminencias que hay en frente de Balaklava, protegiendo á las divisiones francesas que iban delante; el general Campbell avanzó hasta un punto que domina el antiguo camino de Baidar, y el coronel Parbly reconoció el país á la derecha inmediata de la posición del general La Mármora, patrullando á lo largo del camino de Woronzoff y en dirección á Baidar. Acaso los rusos habían formado el proyecto de atraer todas estas fuerzas al interior, en cuyo caso probablemente las hubieran aniquilado; mas el general Canrobert, que mas se distinguía por su prudencia que por su energía, sospechó la intención del enemigo y acordó con sus compañeros repasar el Tchernaya dejando algunas fuerzas en la orilla derecha para proporcionar á las tropas y ganado forraje, leña y agua, de que tenían mucha necesidad. En consecuencia los piomonteses repusieron igualmente el río á las doce del mismo día y ocuparon las excelentes posiciones de Kamara.

Estos acontecimientos, aunque muy lejos de ser decisivos, reanimaron sobremanera las esperanzas de los aliados, que al mando del general Canrobert iban perdiendo paulatinamente la probabilidad de vencer, y demostraron la posibilidad de espulsar á los rusos, siquiera á fuerza de trabajos y de sangre. Con este motivo se reprodujo una cuestión que se había agitado desde el principio del sitio, á saber: si era conveniente evitar la efusión de sangre para confiar el triunfo á las vicisitudes del tiempo, pues aunque era naturalmente horrorosa la idea de conquistar una posición á costa de muchos miles de hombres, estas pérdidas se experimentaban igualmente, aunque de una manera paulatina, con el sistema contemporizador del general Canrobert. Pélistier creía en la necesidad de hacer un esfuerzo supremo; contaba con la seguridad de recibir socorros numerosos, y la situación de las potencias aliadas, muy diferente de la que tenían al principio del sitio, le daba la ventaja de reparar sus pérdidas con la misma y aun mayor facilidad con que reparaba las suyas el enemigo; y en este concepto trató de conquistar sucesivamente y á toda costa las posiciones exteriores de los rusos para echarse de un golpe sobre la torre Malakoff, el Karabelnaia y el resto de la parte meridional de Sebastopol. La ejecución de este plan no arguye ciertamente un mérito especial, pero puede considerarse como satisfactorio, porque en guerra como en política suele juzgarse por el resultado; y aunque los rusos se hallaban al parecer en estado de evitarla prodigando igualmente la sangre de sus guerreros, la ocupación pacífica del mar facilitaba á los aliados el medio de reiterar sus ataques con una prontitud que los rusos no podían impedir.

Apesar de la importancia del triunfo conseguido por el general Pélistier en los combates nocturnos del 22 al 24 de mayo, la atención de los publicistas se fijaba en el valle del Tchernaya, pues

no sin razon se creia que la suerte de la plaza dependia de la derrota de los cien mil rusos que estaban ocupando la orilla derecha de aquel rio, y aun cundió por un momento en Europa la noticia de una grande y nueva batalla de Inkerman; pero la súbita retirada del ejército anglo-franco-sardo-turco-egipcio-tunecino, verificada sin combate ni oposicion, dió luego á conocer que los aliados no se creian en estado de emprender una lucha decisiva en el interior de la península. Censurábase por algunos aquella retirada tan imprevista, atribuyéndola á la pusilanimidad del general Canrobert; mas aunque la historia no posee todavía un dato bastante seguro para determinar la verdadera causa de una operacion tan contraria á la que se esperaba, la ocupacion del Tchernaya no dejó de ser sumamente útil á los aliados como que les proporcionaba el agua de que carecian y cuya falta comenzaba á diezmar sus filas con tanto rigor como pudieran hacerlo los proyectiles enemigos. Desde mediados de mayo reinaba un calor sofocante que inducia á los generales á temer los efectos de las rápidas marchas que debian verificarse bajo los rayos de un sol abrasador, la atmósfera era enteramente insoportable en las trincheras; los arroyos y los pozos estaban enjutos, no habia que esperar una gota de agua celeste hasta mediados de julio, y estas circunstancias son de suyo suficientes para que nuestros lectores puedan conocer lo mucho que debia de sufrir un ejército de ciento y ochenta mil hombres, aun prescindiendo del numeroso ganado del campamento. Hiciéronse varias tentativas para abrir pozos artesianos, pero sin resultados importantes, y aunque el coronel Harding logró crear un depósito de alguna cuenta en las cercanías de Balaklava, este recurso era insignificante para subvenir á las necesidades de doscientos mil individuos. Tambien se hicieron escavaciones hasta cien piés de profundidad á través de las rocas, pero todos estos esfuerzos fueron igualmente infructuosos, y por el número de cisternas que se hallaban en las alturas se cogian desde luego las grandes precauciones que se veian precisados á tomar los habitantes para proporcionarse agua. Tratóse de encargár á las escuadras el transporte de un artículo tan indispensable; pero las escuadras se veian obligadas por las operaciones militares á permanecer á doce millas de distancia una de otra, y además la aplicacion de este sistema presentaba muchos inconvenientes que era punto menos que imposible superar. Los mismos caballos se negaron por último á beber el agua de los arroyos, saturados de jabon é impregnados del olor de la ropa sucia que iban á lavar en ellos los soldados, y entónces fué cuando los generales resolvieron ocupar el valle del Tchernaya, si no para batir á los rusos, al menos para apagar la sed de las tropas y reconocer las posiciones enemigas (1).

Satisfecho con estos resultados, el general Pélistier lanzó en 28 de mayo un orden general concebida en estos términos:

«Nuestras águilas acaban de adquirir nueva gloria por medio de unos hechos de armas á cual mas brillante, que han consagrado de nuevo la superioridad de la infanteria francesa. Los combates nocturnos de 22 y de 23 de mayo, dirigidos hábilmente por el general de division de Salles,

(1) Hablando de la facilidad con que los aliados pasaron el Tchernaya y ocuparon el mar de Azof, el *Times* decia lo siguiente:

«Empieza á disiparse la oscuridad que nos impedia ver claro, y observamos hasta qué punto se ha burlado de nosotros un enemigo astuto.

«Entramos en el mar de Azof, le hallamos navegable y capturamos ó destruimos municiones inmensas y provisiones amontonadas á favor de nuestra estirpe occidental. Pasamos el Tchernaya, y no descubrimos ejércitos atrincherados ni nubes de cosacos, sino tan solo un país enteramente abierto.

«Otros obstáculos habia que han cedido á nuestro valor y perseverancia, y en la actualidad es evidente que el mar Negro y toda la region circunvecina están enteramente en nuestro poder. Sin embargo ¿cambia esto por ventura la cuestion? No por cierto, etc.

jefe del primer cuerpo, con los generales Paté y Levallant, que se hallan á sus órdenes, merecen clasificarse entre los mas gloriosos recuerdos de esta guerra, pues nos han puesto en posesion de una avanzada muy estensa que el enemigo habia construido á costa de muchos esfuerzos y que estaba llamada á defender la casi totalidad de sus batallones.

«Yo cito con orgullo los cuerpos que han figurado ó que se han visto representados en esta lucha, en la cual han combatido en razon de uno contra muchos, con una solidez y con un brio que no han podido desconcertar ni los clamores salvajes del enemigo, ni sus profundas masas, ni los redoblados fuegos de la fusileria, ni la metralla.

»Tales son los 1.º y 2.º regimientos de volteadores de la guardia imperial, los 14.º, 18.º, 28.º, 43.º, 46.º, 79.º, 80.º y 98.º regimientos de línea; 4.º y 2.º regimientos de la legion extranjera; 6.º, 9.º y 40.º batallones de cazadores de á pié, los ingenieros y la artilleria de sitio.

»El efecto material que hemos obtenido es superior á mis esperanzas. Las noticias positivas que se han recogido, y que concuerdan con el número de los muertos que el enemigo á instancias suyas, ha venido á recoger á nuestra vista y delante de nuestras trincheras, me manifiestan que sus pérdidas han sido cuatro veces mayores que las nuestras, atribuyendo para él á este doble combate las proporciones de una batalla perdida.

»Al otro dia, 25, dos divisiones francesas á las órdenes del general Canrobert, la caballeria de los generales Morris y d'Allonville, el ejército otomano á las órdenes de S. A. Omer-bajá, y finalmente el ejército piemontés, mandado por el general La Marmora, se establecieron en el Tchernaya amenazando las líneas del ejército ruso, despues de haber desalojado sus avanzadas de la orilla derecha y la vanguardia de cuatro batallones que tenia en Tchorgun.

»Por último, el almirante Bruat anuncia en un parte de 25 de mayo, que la columna espedicionaria que salió para Kertch y Yenikalé, ha ocupado sucesivamente estas dos ciudades, y que la escuadrilla de los aliados ha tomado posesion del mar de Azof. La importancia de este resultado no puede sustraerse á ningun individuo del ejército, pues priya al enemigo de uno de sus mayores recursos.

»Para impedirnos que cayeran en poder nuestro destruyó sus baterias, incendió los almacenes de Kertch, que contenian seiscientos mil costales de avena, de harina y de trigo, y quemó tres buques de vapor y un crecido número de embarcaciones de transporte, de las cuales han caido treinta en nuestras manos.

»Tal es el conjunto de nuestra situacion, que no puede ser mas satisfactoria ni mas sólida, y al imaginar el resultado de nuestros esfuerzos y de nuestra perseverancia, manifiesto una confianza que compartirá sin duda el ejército entero. El enemigo se ve atacado ya en las condiciones mas importantes de su resistencia, y se acerca el momento de herirle en el corazon.

»Pongo á la orden el nombre de los militares de todas armas que mas se distinguieron en los combates del 22 al 24 de mayo. (Siguen los nombres.)—Gran cuartel general delante de Sebastopol 28 de mayo de 1855.—*Pélistier*.

Posteriormente las tropas del Tchernaya practicaron un nuevo reconocimiento con dos ó tres batallones piemonteses y dos escuadrones de caballeria francesa, pero despues de haber penetrado en los vallecillos que descienden en direccion á Tchorgun, hallaron solamente algunos cosacos y volvieron á retirarse.

No habiendo sacado ningun fruto del reconocimiento practicado en el Tchernaya, porque los rusos no parecian en parte alguna, los aliados se adelantaron otra vez en la noche del 31 al 1.º

de junio, y el día 3 llegaron hasta la llanura de Baidar, pero también inútilmente. Esta lentitud de los aliados indujo á muchos publicistas á creer que el objeto de la ocupación del valle del Tchernaya no era el de perseguir á los rusos, sino tan solo el de suministrar agua á las sedientas tropas. Lo cierto es que el general Péliissier tenía fija toda su atención en la misma plaza de Sebastopol, y que jamás había cifrado muy grandes esperanzas en las operaciones que en el interior de la península se estaban practicando.

Hemos dicho que entre el plan del general Canrobert y el del general Péliissier había una diferencia esencial, porque en concepto del primero el ataque principal era el de la izquierda, al paso que el segundo cifraba el éxito decisivo del sitio en el ataque de la derecha, ó sea, en el de la torre Malakoff: así, el nuevo general del ejército francés determinó dar principio á sus operaciones inmediatamente, pues aunque no se hallaban terminadas aun las baterías de la izquierda, bastaba por aquel lado con atacar el baluarte del Mástil para distraer al enemigo. Tal vez el general Péliissier no hubiera empezado todavía la ejecución de su proyecto, pero las enfermedades que se iban desarrollando con el calor abatían el ánimo del soldado, y era preciso causar en el ánimo de las tropas una emoción fuerte para sostener el entusiasmo y el brillante prestigio que habían producido en favor de los aliados los recientes triunfos de 22 y 23 de mayo.

A las tres de la tarde del 6 de junio rompieron el fuego contra la plaza, con arreglo á los principios del arte, todas las baterías de los sitiadores, desde las del Faro hasta las que había en frente del baluarte del Mástil; pero las baterías de la izquierda solo funcionaron en parte para apoyar el fuego de la artillería inglesa. Para atacar á la torre Malakoff era necesario primeramente apoderarse de sus obras exteriores, es decir, de los reductos de Volhinia y de Selinghinsk, que estaban situados en el estribo del Carenero y que los aliados llamaban obras blancas ó de 22 y 27 de febrero; de la media luna de Kamtchatka, situada en el cerro Verde y en frente de la misma torre, y de la obra de las Canteras delante de la Estrella mayor. Cada una de estas obras se hallaba separada de las otras por un barranco escarpado y peñoso; entre las obras Blancas y el cerro Verde había el barranco del Carenero, y entre dicho cerro y el reducto de las Canteras se hallaba el barranco del Karabelnaia; mas aunque estos barrancos ofrecían el inconveniente de aislar los ataques, en cambio facilitaban el establecimiento de numerosas reservas á cubierto del fuego del enemigo. Para que nuestros lectores puedan hacerse cargo de la energía que se necesitaba para atacar estos importantes reductos, no podemos menos de recordarles la inutilidad con que los habían atacado los generales Monet y Mayran, apesar de sus numerosas fuerzas y del reconocido valor de los zuavos (1).

(1) No es inoportuno dar una idea del origen y organización de este cuerpo, que despues de haberse distinguido en las campañas de África sobresale por su valor y táctica especial en la guerra de Crimea.

En 1830 el general Clausel prescribió la organización de un cuerpo de infantería y de caballería indígenas, y esta resolución fué confirmada por un real decreto de 21 de marzo de 1831, que creó dos batallones con el nombre de zuavos, en árabe *zuana*. Los zuavos forman una tribu, ó por mejor decir, una confederación de tribus kabylas que viven en las mas apartadas gargantas del Jurjura y que constituyen una raza de hombres áltivos, valientes y laboriosos. Confióse el encargo de instruirlos y mandarlos á varios oficiales y sargentos franceses, entre los cuales había algunos voluntarios ya habituados al servicio de la infantería, como Carlos Levailant, que actualmente es general de división y jefe de la 5.^a del ejército de Crimea, ó que se habían enganchado recientemente, como Verge, que en el día es general de brigada, ó antiguos filhelenos, como Moliere, que murió despues del sitio de Roma con el grado de coronel, ú oficiales de armas especiales, como Lamoricière.

Mr. Maumet fué nombrado jefe del primer batallón, y el capitán de ingenieros Duvivier, que murió en 1848, jefe del segundo. Estos dos batallones se hallaron en menos de seis semanas en estado de salir á campaña, y el general en jefe los llevó consigo á la primera expedición de Medeah. Los zuavos recibieron el bautismo de fuego en el desfiladero de Muzaia, y luego pasaron dos meses en Medeah, donde el general Clausel queria dejar una reducida guarnición de franceses y de indígenas.

No tardaron los rusos en corresponder con mucha viveza al fuego de los aliados, que continuó sin interrupción alguna durante la noche. El cielo estaba sumamente despejado, la humedad oscurecía la atmósfera, y el estruendo hacia temblar la tierra; pero desde el baluarte del Mástil hasta el mar reinaba el mayor silencio, y la blanca y almenada muralla, lo mismo que las trincheras de los sitiadores, reflejaban los rayos del sol. Este imponente bombardeo causó grandes desastres á los reductos de los rusos, que durante la misma noche comenzaron á desarmarlos: en la mañana del día 7 se observó que el cerro Verde no disparaba con tanta viveza como el día anterior, y esta circunstancia redobló la esperanza del general Péliissier, porque le indicó que el enemigo no se hallaba muy dispuesto á sostenerse. En cambio, sin embargo, las baterías de la Estrella atacaban á los ingleses con un furor terrible, volaron uno de sus polvorines y les obligaron á interrumpir el fuego durante algunas horas.

A las tres de la tarde del mismo día 7 de junio completaron el ataque todas las baterías de la izquierda, envolviendo la plaza en un círculo de fuego, que se extendía desde las baterías del Carenero hasta la bahía de la Cuarentena; cubria el horizonte una humareda general, y así las baterías de los aliados como las de los rusos aparecían envueltas en una espesa niebla, de donde brotaban incesantemente el rayo y el trueno. Moviéronse las imponentes masas de los aliados á la voz de sus jefes, y á las cuatro y media ocupaban ya sus posiciones de combate cuatro divisiones francesas del segundo cuerpo de ejército; los ingleses se aprestaban á atacar la mencionada obra de las Canteras, y la división turca, mandada por Osman—bajá y destacada del ejército del Tchernaya, se apostaba como cuerpo de reserva para secundar las operaciones de los franceses.

La 3.^a división francesa, mandada por el general Mayran, el mismo que en 22 de febrero había atacado infructuosamente el reducto de Selinghinsk (1), debía dirigir en la meseta del Carenero los ataques simultáneos contra las obras Blancas; la primera brigada á las órdenes del general de Lavarande, y compuesta de una parte del 49.^o batallón de cazadores de á pié, del 2.^o de zuavos y del 4.^o regimiento de marina, ocupaba las trincheras del Carenero, y estaba encargada de atacar el reducto de Volhinia; la segunda brigada, al mando del general de Failly, com-

Medeah fué evacuada por las tropas francesas á principios de 1831; mas en el mes de junio del mismo año el general Bérthezène condujo á ella una parte del ejército para apoyar la autoridad del bey que el general en jefe había establecido. Al regresar de aquella expedición, la retaguardia se vió atacada furiosamente al bajar del desfiladero de Muzaia: las tropas estaban fatigadas por una larga marcha nocturna y por un calor sofocante; el oficial que la mandaba cayó herido, y los soldados, viéndose envueltos por el enemigo, retrocedieron en desorden, cuando Duvivier acudió con el segundo batallón de zuavos. Lanzaron las indígenas su grito de guerra; los voluntarios llamados de la Carta, que aun llevaban la blusa sola, empezaron á cantar la *marsellesa*, y todos juntos acometieron y pusieron en fuga á los kabylas.

Duvivier cubrió la retirada durante el resto del día y se replegó de colina en colina escalonando su compañía; y disputando el terreno, y de esta suerte llegó á la granja de Muzaia, donde se reunió el ejército sin haber abandonado un solo trofeo.

Posteriormente Duvivier fué llamado á Bugia, y el mando de los zuavos con el grado de comandante se confió al capitán de Lamoricière, que se había distinguido muchas veces por su valor. Entonces fué cuando se arreglaron y perfeccionaron el uniforme y el equipo de los zuavos, que consisten en el traje oriental con los colores de la infantería francesa, salvo algunas modificaciones. Este traje es el mas ligero y propio que hayan llevado los guerreros, pues es muy bueno para los climas calurosos, deja libres las articulaciones, protege al soldado contra los repentinos cambios de temperatura, y se presta fácilmente á todas las adiciones que puede exigir un frio mas intenso. El mismo turbante, al parecer tan incómodo, tiene su utilidad, pues pone la cabeza á cubierto de los rayos del sol.

Entre los generales franceses que han sido oficiales de compañía y aun sargentos zuavos se distinguen Levailant, Lamirault, Maissiat, Borral (que murió en África), Droleaux (que se retiró voluntariamente despues de la revolución de febrero), Blangini (que también murió en África), Molière, que murió en 1849, como hemos dicho, d'Autemarre, Répond, Bosc, Bisson, Gardarens, Bourbaki y Vergé.

(1) T. I. pág. 672.